

**Algo
sucio,
tonto y
salvaje**



CARLA MARX

ALGO SUCIO, TONTO Y SALVAJE

Por Carla Marx

Ella quería hacer el amor en un lugar peligroso. Él nunca imaginó qué tan peligroso, salvaje y loco podía ser...

UNO

Detesta que una mujer me diga cobarde.

Hemos llegado hace media hora. Estamos sentados en el sofá de la sala de estar, metiéndonos mano que da gusto. Nos hemos tomado un par de tragos y nuestras lenguas saben a vodka, a jugo de limón y están frías como la muerte. Yo me he quitado la chaqueta, me he sacado los zapatos y he dejado el cuchillo. Ella está medio vestida (medio desnuda, diría un optimista), tiene un revólver cargado en su bolso, me ha aflojado la corbata y me hace sexo oral. Entonces, le pregunto algo que ya he olvidado y ella me responde con la boca llena: “lo que pasa es que yo no vivo aquí”.

“¿Ah? ¿No?”

En un principio, no le doy mayor importancia al asunto. Cuando nos hacen sexo oral, los hombres no le damos importancia a nada más. En la *fellatio*, somos todo pene. Y glande y testículos.

Además, estamos metiéndonos mano. Ya me he quitado la chaqueta. Nuestras lenguas están frías como la muerte y saben a jugo de limón y vodka. Ella está medio desnuda, diría un optimista, y está buenísima.

¿Cómo darle importancia a lo que acaba de decir, cuando se hunde mi hombría hasta las más húmedas y tibias profundidades del placer

oral?

No obstante, pregunto como quien no quiere la cosa, casi por decir algo: “¿Y quién vive aquí?”

“No tengo la menor idea...” Me contesta, sin alterarse, con la mayor tranquilidad del mundo, antes de reanudar su deleitosa tarea. Siento el vértigo cuando vuelve a introducirse mi pene en su boca. Pero muy adentro, en algún lugar ignoto de mi interior, se me disparan un montón de alarmas y hay luces que comienzan a titilar.

A ver...

Hemos llegado cerca de media hora antes. Nos hemos tomado un par de tragos. Yo me he sacado los zapatos. Estamos sentados en el sofá, manoséandonos que da gusto. Yo he dejado el cuchillo y en su bolso, ella tiene un revólver cargado con seis balas. Ella ha llevado su mano a mi entrepierna y me ha estrujado el paquete. Mi pene palpita como un animal indignado. Luego baja el cierre de mi pantalón y extrae mi miembro erguido, duro como un hueso prehistórico. Lo admira un segundo antes de introducirlo en su boca y comenzar a lamerlo y succionarlo con fruición.

Pero justo entonces adquiero conciencia de la situación.

"Pero ¿cómo que no tienes la menor idea, mujer...?"

"Mira... Déjame explicártelo..." Dice, sin dejar de atender mi pene. Sí, será lo mejor, pienso. Explícame porque como diría un optimista, estás medio desnuda. Nuestras lenguas saben a jugo de limón y a vodka. Me has aflojado la corbata y tienes un revólver en el bolso y mi pene ha estado en tu boca.

Ella se aparta sin aviso previo. Doy un respingo cuando sus dientes lastiman accidentalmente mi glande. Ella se abraza a un almohadón para cubrir sus senos, abundantes y firmes.

“Viví aquí hace un par de años” cuenta. “Cuando se venció mi contrato, el propietario me subió tanto el alquiler que no me quedó

más remedio que mudarme. Pero se me ocurrió guardarme un juego de llaves... No sé por qué...”

Es decir...

Hago un nuevo repaso de la situación, a ver si logro entender. Hemos estado sentados en el sofá, desde hace media hora, manoseándonos. Nos hemos tomado un par de tragos y nuestras lenguas, heladas, saben a vodka y limón. Yo me he quitado la chaqueta, ella está medio vestida (pesimista que soy). Me ha aflojado la corbata, yo me he quitado los zapatos y ella ha comenzado a hacerme una mamada en el apartamento de un perfecto desconocido, que muy bien podría llegar de un momento a otro y encontrarnos en el sofá, sentados, metiéndonos mano que da gusto desde hace media hora; yo, sin chaqueta; ella, medio vestida; yo, sin zapatos y con la corbata floja; ella con el maquillaje corrido y armada; yo, con la cara húmeda de saliva que sabe a jugo de limón y vodka y mi pene, enhiesto y palpitante, en su boca. Creo que estoy más borracho de lo que pensaba. Mi cabeza da vueltas. Pienso en círculos.

¿Por qué? ¿Por qué tuve que abrir mi bocota? ¿Por qué últimamente no hay nada más difícil que irse a la cama con una mujer? Siempre hay una complicación. Siempre, maldita sea. Alguna profunda preocupación existencial. Paranoia. Androfobia. Una interminable y aburrida conversación. Siempre hay una maldita complicación.

“...No cambió el cilindro de las cerraduras...” Le escucho decir, mientras se saca la ropa interior y yo me esfuerzo por oírla a través de la niebla de mi borrachera y el flujo repetitivo de mis pensamientos automáticos, y me pierdo un buen pedazo de la historia por estar pensando en que hemos llegado hace media hora y nos manoseamos en el sofá de la sala; yo, sin zapatos y sin chaqueta; ella medio vestida, en el apartamento de un perfecto desconocido. “Lo cierto es que empecé a fantasear con esta situación...”

“¿Situación? ¿Cuál situación?”

Ella hace una pausa para sonreír y en sus mejillas se perforan esos encantadores hoyuelos que me resultan irresistibles

“Tú sabes...”

“No, no sé...” Tartamudeo porque estoy comenzando a asustarme.

“Volver aquí con alguien y hacerlo, sin prisas pero a la expectativa... Tú sabes... ¿No? Con miedo de que el dueño vaya a llegar de improviso y nos descubra... El peligro, es excitante ¿no te parece?”

No. No, maldita sea. Claro que no me parece. Últimamente, lo más difícil del mundo es irse a la cama con alguna mujer porque siempre, siempre, maldita sea, hay una maldita complicación.

“Quiero hacer algo muy salvaje, tonto y loco” concluye, lanzandome a la cara su bikini. Logro percibir levemente su olor a mujer excitada cuando la prenda me da en la nariz. Así que la recojo y la huelo profundamente, con los ojos cerrados. Cuando vuelvo a abrirlos, ella me está mirando. Sus piernas muy abiertas dejan ver su vulva, depilada, rosa y jugosa.

Pero es demasiado tarde.

Mi verga se desinfla y se quiebra como uno de esos muñecos inflables que hacen aspavientos a la entrada de ciertos autolavados. Adiós erección.

Me levanto, dispuesto a irme:

“Dame las llaves...” Exijo, mientras me guardo el pene, me pongo los zapatos y tomo mi chaqueta.

“Cobarde...” Me dice ella, alzando sus caderas para enseñarme mejor su vulva lustrosa y pulsante. “Mira lo que te vas a perder”.

¿Ya les he dicho que detesto que una mujer me llame cobarde?

Sí, creo que sí.

“Las llaves”, insisto.

“En mi bolso...”

Tomo su bolso y comienzo a revolver el interior, pero no doy con las malditas llaves. ¿Cómo caben tantas cosas en tan poco espacio?

Entonces, miro en dirección a la puerta porque he escuchado, o creído escuchar, la campanilla que anuncia la llegada del ascensor, las puertas que se abren, y algo parecido a pasos que comienzan a resonar allá fuera en el corredor, con tanta fuerza que parece una cosa como del Juicio Final.

¿Será él? ¿Será el tipo que vive aquí? ¿El inquilino del departamento?

Ahí viene. Maldita, maldita sea, nunca falta una complicación... ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué siempre a mí? ¿Por qué me pasan siempre estas cosas? Me hago todas estas preguntas y pienso en todo lo que ha sucedido entre nosotros desde que nos conocimos en el bar, esta misma noche, que es noche de *soul*, más temprano.

DOS

Más temprano. En el bar. Esa misma noche, que es noche de *soul*, atacábamos una versión de *Chain Gang* que no nos estaba quedando muy bien que se dijera pero, no obstante, la gente no parecía notarlo. Cantaba Pablo, que en realidad es nuestro baterista, pero siempre canta esta pieza porque su voz es muy parecida a la de Jackie Wilson.

“¡Uhp! ¡Ahp! ¡Uhp! ¡Ahp!” Imita Pablo la voz de Jackie y la verdad es que al cabrón le sale igualita y todo.

Como él estaba cantando, yo estaba en la batería y no sé si esta era razón de que nos estuviera saliendo tan mal la pieza, pero al final no

me importó demasiado y a Pablo como que tampoco porque estaba inspiradísimo.

Y bueno, estaba yo ahí, en la batería, tratando de arreglar un poco el desastre que perpetrábamos, cuando levanté la vista y la vi allí parada, balanceándose, tarareando con sus ojos cerrados y como muy sensual o como sintiendo muy dentro la música.

Tú vas a ser mía esta noche, pensé aunque sé que últimamente no hay nada más difícil que irse a la cama con una mujer. Al menos, en mi caso. Siempre hay una maldita complicación. Era mejor no hacerse ilusiones al respecto. Maldita sea. Es que hay escasez de mujeres fáciles en esta ciudad.

La pieza terminó, la gente aplaudió, yo me levanté de la batería y cuando me crucé con Pablo, me dijo:

“El pobre Jackie debe estar retorciéndose en su tumba...” Pero me lo dijo en broma porque al fin y al cabo hacemos esto para divertirnos. Aquí nadie aspira a ganarse un *Grammy* ni nada.

Entonces yo tomé mi guitarra y el micrófono, le marqué el compás a los muchachos y empecé a puntear el intro de *I'm In The Mood ...*

“ *I'm in the mood, babe ...*” Canté al cabo de un instante. Mi voz es bastante parecida a la de John Lee Hooker aunque con acento latino.

Ella seguía parada allí, balanceándose sensualmente, con los ojos cerrados, tarareando y, luego, mirándome. Y yo allá, imitando a Hooker. *I'm in the mood, babe ...* Cantándole a ella, mirándola fijamente para que se diera cuenta de que la cosa era con ella y con nadie más que con ella.

Un rato después, cuando el *set* terminó, estuvimos platicando en la barra. Ya nos habíamos dicho todo lo que se dice en estas ocasiones. Eso de conocerse primero y tal. ¿Tú qué haces? ¿A qué te dedicas? ¿Qué tipo de música te gusta? Y todo eso. Y ahora estábamos dentro de su auto, besándonos y nuestra saliva y nuestras lenguas sabían a vodka y a jugo de limón.

“¿Nos vamos?” Pregunté, muy seguro de mí mismo. Seductor y tal.

“Sí... Pero con una condición...”

“La que tú quieras”, le dije, envalentonado. En ese momento sentía que era capaz de todo por acostarme con una mujer como aquella. Como ella.

“Que si lo vamos a hacer, lo hagamos en peligro...”

Yo pensé en ese momento en una escaramuza amorosa allí mismo, en su auto. O estacionado a orillas de la autopista. O en un ascensor detenido entre dos pisos. Ella, medio vestida, o medio desnuda como diría un optimista; yo, sin chaqueta y con el cierre de la bragueta abajo; y ambos contra el espejo del elevador.

Qué pobre imaginación la mía.

“¿Pero no es lo querías?” Le pregunto ahora, media hora después, en el apartamento, con un cuchillo de hoja muy larga y afilada, en mi mano.

Ella no dice nada.

Me mira fijamente sin bajar el revólver con que me apunta.

TRES

No dice nada. Me mira fijamente sin bajar el revólver con que me apunta, cinco minutos después de haber llegado, cuando sale del baño.

Hace rato, en el estacionamiento del bar, cuando me dijo que quería hacerlo en una situación peligrosa, yo me había imaginado algo así como una escaramuza erótica en su auto, estacionado a orillas de la autopista o en un ascensor detenido entre pisos. Pero al final no ha pasado nada de eso.

Al llegar a su apartamento, ella me dijo:

“Voy al baño”, que es una cosa muy misteriosa que hacen siempre las mujeres en este tipo de situaciones. “Busca el bar... Sirve un par de tragos”.

Yo no he reparado entonces en lo que ha dicho. “Busca el bar”, como si ella no supiera dónde está.

Busco el bar y sirvo un par de vodkas con jugo de limón que es lo que hemos estado bebiendo desde temprano. Mientras está en el baño, yo he vuelto a pensar en la escaramuza en el carro estacionado a orillas de la autopista y en el ascensor detenido entre dos pisos. Y la verdad es no me pareció mala la idea. Pero como al final nada de eso ha pasado, se me ocurre hacerme el psicópata y tomo de la cocina un cuchillo de larga y afilada hoja.

Ella sale del baño y yo pregunto: “¿vives sola?”

“Sí”, dice mirando cuchillo de hoja muy larga y afilada en mi mano. Comienza a retroceder, con una expresión de miedo en su rostro. “¿Qué vas a hacer con eso?”

“Nada”, le digo, muy quieto, con mis ojos muy abiertos, casi desorbitados, a lo Anthony Hopkins en *The Silence of the Lambs*. “Ahora no estoy haciendo *nada*”.

“¿Qué te pasa?” Pregunta, mientras se encamina, de espaldas, a la sala.

“Nada. Estamos solos... Nos acabamos de conocer... En el fondo, no sabes quién soy yo... Apuesto a que ni siquiera sabes mi nombre. Podría pasar cualquier cosa”.

Comienzo a avanzar, más psicópata que nunca y ella retrocede, aún más asustada. Retrocede tanto que cae de culo en el sofá. Yo aprieto los dientes, como dispuesto a saltar sobre ella y descuartizarla. Doy un paso más y de repente advierto que tiene un revólver en la mano. Y este revólver me está apuntando.

Y casi me meo en vida del susto.

“¿Qué haces con ese revólver?”

“Si das un paso más, disparo”.

“Tranquila”, le digo y dejo el maldito cuchillo sobre la mesa, temblando. Yo, no el cuchillo. “¿No es eso lo que querías? ¿Hacerlo en una situación peligrosa?”

Ahora el nervioso soy yo porque ¿cómo se me habrá ocurrido semejante estupidez? Con la escasez de mujeres fáciles que hay en esta ciudad y vengo yo a desperdiciar una por hacer el tonto. Como si últimamente no fuese la cosa más difícil del mundo irse a la cama con una mujer. Siempre hay una maldita complicación y yo, aquí, complicando más las cosas.

“¿Ah? ¿Sí? ¿Quieres saber cuál es mi idea del peligro?” Ella martilla el revólver y me apunta a la entrepierna. Debo haber puesto una cara de espanto, porque en seguida echa hacia delante el martillo del revólver otra vez y lo guarda en su bolso. Sonríe y con un gesto, pide: “Ven. Siéntate”.

Me siento a su lado en el sofá y ella me afloja la corbata. Luego le estoy quitando la blusa y le desabrocho el sostén. Lamo goloso esos enormes y densos senos suyos, mordisqueo alegremente esos pezones erguidos y siento que mi pene pugna por liberarse de sus amarras. Bebemos de nuestros tragos y nos besamos con sabor a vodka y a jugo de limón. Ella comienza a hacerme una mamada divina. Yo hurgo en su entrepierna. Introduzco dos dedos muy hondo en su vagina y luego los huelo y los lamo. Ella libera mi pene y comienza a hacerme la mejor mamada de mi vida. Sin exagerar, ni discusión posible. La mejor.

Entonces le hago una pregunta que enseguida olvido, y ella me contesta que no tiene la menor idea de quién vive aquí. Yo me levanto con toda la intención de salir corriendo. Pero allá fuera, en el pasillo, se escucha la campanilla que anuncia la llegada del

ascensor. Se oyen pasos, acercándose y el tintineo metálico de un llavero que sale de un bolsillo.

Me quedo sin una gota de sangre en el cuerpo y ni siquiera me atrevo a respirar. Ella sonrío, divertida y ella vuelve a decirme, en un susurro:

“Cobarde” me dice y abre más sus piernas y levanta su cadera para apuntarme con su vulva, húmeda y olorosa a mujer salvaje. Detesto que una mujer me llame cobarde.

“...Estaban todo borrachos” dice una voz femenina allá fuera, en el pasillo, “cuando el ascensor se cayó. Tres, cuatro pisos... Todos, gritando, dentro. Pero al final se activaron los frenos”.

Los pasos se detienen frente a nuestra puerta.

“Prepárate valiente amante del peligro” me dice ella. “Nos llegó la hora”.

Acto seguido comienza a masturbarse furiosamente, como si la posibilidad de que nos atraparan en una casa que no es la nuestra, le resultara tremendamente excitante. Gime quedamente y en cuestión de segundos parece alcanzar un orgasmo.

Y yo pensando que su idea del peligro era algo así como una escaramuza en su auto, estacionado a orillas de la autopista. O en un ascensor detenido entre pisos. Y resulta que no, que su idea está más cercana a una larga temporada en la cárcel. Ella tiene un revólver en el bolso.

Pero a pesar del miedo, de mi miedo, siento un atisbo de erección. La verdad es que toda la situación no deja de ser excitante.

Las llaves se introducen en una cerradura. La cerradura gira y se abre una reja metálica. Después, otra cerradura y ahora es una puerta de madera la que comienza a abrirse. Yo pienso en que estoy sin chaqueta y descalzo, con la cara húmeda de saliva que huele a

vodka y a jugo de limón. Ella está medio vestida y tiene un revólver en el bolso y dos dedos en su vagina.

CUATRO

Recapitulo.

Nos hemos estado besando en el sofá. Yo, ya sin chaqueta. Ella ya medio desnuda. Nos hemos tomado un par de tragos. Yo le he hecho una pregunta y ella me ha contestado que no vive allí. Ella me ha explicado lo de las llaves y sus fantasías eróticas, que estamos en un apartamento que no es el suyo, un delito que en las series de TV llaman invasión o allanamiento de morada.

Luego, los vecinos de enfrente me han dado un susto del carajo porque pensé que se trataba del inquilino de este apartamento, al que entramos furtivamente, como ladrones en la noche.

Finalmente, cuando le hago otra pregunta al respecto, ella me contesta: “Es que no lo sé...” No lo sabe. Le he preguntado si estaba segura de que no había nadie en el departamento y ella me contesta con su sonrisa más encantadora, toda hoyuelos y ojos risueños: “Es que no lo sé. Es mejor así ¿no? Más riesgoso, más excitante...”

Yo no sé qué decir. Adiós para siempre, erección.

“ *Do, do, dododododo, do, do* ” tararea ella, sádica, *Walk on the wild side* de Lou Reed y luego añade: “sí, tranquilamente podría haber alguien en aquella habitación, dormido en su camita sin saber que estamos aquí”. Me señala con un gestola puerta del dormitorio.

Estamos sentados en el sofá del apartamento de un perfecto desconocido que muy bien podría estar durmiendo sin saber que hemos entrado a su casa. Se me hace un lío la mente. Ella tiene un revólver guardado en el bolso.

“¿Entonces?”

“¿Entonces qué?”

“¿Te atreves o no?”

“¿A entrar a la habitación a ver?”

“Sí...”

“No, no me atrevo... Claro que no me atrevo”.

“Cobarde...” Abre mucho sus piernas para dejarme ver su vagina, depilada, sonrosada y tentadora. Luego me muestra su lengua, en un gesto vulgar y lascivo y siento que mi pene necesita insertarse allí dentro. “Si no te atreves a entrar allá...” Adelanta su mentón en dirección a la puerta de la habitación, al final del pasillo. “...Imagino que menos te vas a atrever a entrar aquí...”

Con dos dedos, separa los labios de su vagina para dejarme ver su clítoris, brotando de entre los pliegues y, más abajo, un camino de carne trémula que gotea un líquido cristalino. La imagen se me antoja enloquecedora, pero el asunto no dura más de unos pocos segundos, pues enseguida cierra sus piernas.

Luego, enciende un cigarrillo, desdeñosa. Yo me pongo de pie y le acepto el reto.

“¿Quieres que abra?”

“Sí...”

“¿De verdad?”

“Sí...” Pausa para mueca sarcástica. “Pero sé que no te atreves...”

“Voy a abrirla...”

“Toma”, me pone el revólver en la mano. “Por si acaso...”

“No lo necesito”, se lo devuelvo, no sin antes descargarlo y guardarme las balas en el bolsillo del pantalón. “No necesito un arma para ser valiente”.

Me pongo de pie. Ella susurra: “gallina”.

Me interno en el pasillo, hasta el final. Me detengo ante la puerta de la habitación. Aferro la cerradura y comienzo a girarla despacio. Pero suena el maldito teléfono, doy un salto, resbalo y cuando vuelvo a saber de mí, estoy tendido en el suelo y me sangra la nariz.

No hay nadie en el dormitorio.

Allá en la sala, ella ríe como posesa. La muy bruja. Se activa la contestadora automática y una voz masculina, anuncia: “Usted se ha comunicado con el 284.10.47. Deje su mensaje después de la señal”. Y después de la señal, otra voz de hombre dice: “¿Enrique? Enrique, soy yo, Javier... Enrique, contesta, por favor... Yo sé que estás ahí. Yo sé que me estás escuchando... Levanta el teléfono, *plis...* Déjame explicar lo que pasó. No quiero que todo termine así. Ni siquiera quiero que termine de ninguna manera. Contesta. Si no contestas te voy a llamar toda la noche...”

Me siento en la cama y miro a mi alrededor. Nada en especial. Un dormitorio de soltero. Un dormitorio de soltero *gay* . Eso es todo. Ella, completamente desnuda, se detiene en en el umbral de la puerta y me mira, desafiante. Está buena, la muy desgraciada. Eso es lo peor de todo. O lo mejor.

No sé. Tengo la cabeza hecha un lío.

“¿El baño?”

“Aquí, al lado... Te ves muy sexy con toda esa sangre en la cara. Pareces un tipo rudo de película de acción... Buenmozo y ensangrentado... Me excitas...”

Entro al baño. Enciendo la luz. Me lavo la sangre. Abro el gabinete. Espuma de afeitar. Navajas. Una caja de Bromazepam. El tal Enrique

también debe tener problemas de sueño. Condones. Espermicida. Afeitadora de nariz y orejas. Cierro el gabinete. Introduzco papel sanitario en los orificios de mi nariz para parar la hemorragia. El teléfono vuelve a sonar. Se activa la contestadora.

“Está bien, Enrique. Terminemos de una buena vez. Pero quiero que me devuelvas mis cosas. No, quédatelas si te da la gana. Pero dame la cinta. Quiero esa cinta. Quiero borrarla yo mismo, ¿entiendes? Yo mismo... *Necesito* hacerlo yo mismo”.

“Bájate los pantalones...” Dice ella, entrando en el baño , invadiendo mi espacio. Yo me bajo los pantalones. Tengo algo así como un triste remedo de erección. Esta buena, la desgraciada. Eso es lo peor. O lo mejor. No sé. “Siéntate en la taza”.

CINCO

Está demasiado buena la condenada. Tan buena como loca. Estamos en el baño del apartamento de un perfecto desconocido. Yo estoy sentado en la taza y ella, a horcajadas sobre mis piernas. Sus pezones rozan levemente mis labios y ella orina sobre mí. Bueno, sobre mi verga, que ahora está completamente dura y erguida.

Su tibia orina, con un cierto dejo a vodka y a limón, baña mi glande, baja por el tronco de mi pene y calienta mis cojones. ¿Lo han hecho ustedes? Nunca antes había experimentado una sensación como esa. Trato de empujar mi pene hacia arriba, para terminar de penetrarla allí mismo, mientras beso y mordisqueo sus pezones y separo sus nalgas, redondas y duras, para introducir mis dedos en la hondonada de su trasero, pero ella se levanta enseguida porque ha terminado de orinar. Toma algo de papel y se seca. Yo pienso: *la cantidad de cosas que, a mi edad, aún me falta por aprender...*

Luego, me ordena: “a la cama”.

Al cabo de unos segundos, estamos en la cama. Pongo el aparato en posición para un succulento aterrizaje, pensando al mismo tiempo en

que estoy en la habitación de un desconocido que no sabe lo que está pasando en su cama. Yo, completamente desnudo. Ella, en cueros y más buena que nunca. Nuestras lenguas saben sólo a saliva ahora y nuestras bocas están tibias y huelen a sexo.

Pero justo cuando voy a penetrarla, ella se levanta súbitamente.

“¿Y ahora qué pasa?” Protesto, jadeante.

“Es una cámara” dice y señala hacia el televisor. Efectivamente, sobre el aparato, hay una cámara de vídeo. Un viejo modelo, de las que usan cassettes MiniDV. Casi una reliquia.

“Y quieres grabarlo, ¿no?” Trato de adivinar pero me equivoco.

“No, ¿sabes usarla?”

“Sí. ¿Por qué?”

“Es que el tipo que llamó dijo algo sobre una cinta”.

La cámara tiene, efectivamente una cinta en su interior. Enciendo el televisor. Pulso el botón de *play*. En la imagen aparecen los que, supongo yo, son Enrique y Javier, desnudos, retozando en la misma cama donde estamos, sobre las mismas sábanas.

“¡No quiero ver!” Digo y aparto la vista de la pantalla. “Me incomoda inmiscuirme en la vida privada de la gente”.

Manipulo la cámara para detener la cinta y ella me la arrebató de las manos.

“No. No. No. Déjalo. A mi me gusta. Me excita ver a dos hombres haciéndolo”.

¿Existe algo que no excite a esta mujer? Pienso, exasperado. A continuación, ella se sienta en el borde de la cama, frente a la pantalla y abre sus piernas.

“Hazme sexo oral, por favor”.

Si lo pide así, tan educadamente, no voy a negarme. Comienzo a lamer su coño, tan lubricado que su esmegma baña mi cara y se escurre cuello abajo. Heme aquí. Desnudo y erecto. Ella, en cueros y apetitosa. En el apartamento de un desconocido que podría llegar de improviso y encontrarnos, llamar a la policía, tirotearnos. Ella tiene un revólver en el bolso.

Tengo la cabeza hecha un lío.

Al cabo de un momento, se tiende en la cama del desconocido, ronroneando, como ofreciéndose en holocausto. Abre de nuevo las piernas. No se ha sacado los tacones, lo que me resulta aún más sexy “Esto me ha excitado demasiado...” Explica y después ruega, me suplica: “Métemela... Hasta el fondo...”

Yo me incorporo y entonces, sin querer, miro la pantalla. En la imagen, uno está esposando al otro a la cama. Entonces, mi erección comienza a fallar.

“¿Qué pasa... *Ahora* ?” Cierra ella las piernas, molesta.

“Las sábanas...”

“¿Qué pasa con las sábanas?”

“No las han cambiado desde que esos dos ahí” señalo la pantalla, “hicieron su película...”

“¿Y qué?”

“No puedo, no puedo hacerlo sobre las mismas sábanas...” Explico, sintiendo seguramente lo mismo que Jack Lemmon en *The Apartment* .

“Oh, por dios, no seas pendejo” dice ella. “El amor es sucio, húmedo y huele mal”.

SEIS

Hemos llegado hace un par de horas, calculo yo. Estamos acostados en la habitación, haciéndolo por fin. Pero tengo la cabeza hecha un lío. El tipo puede llegar en cualquier momento. ¿Habré escuchado la campanilla que anuncia la llegada del ascensor? Ella gime debajo de mí. Yo jadeo.

Ya no hallo qué pensar. Ella tiene un revólver en su bolso. No me gusta que me llamen cobarde. A pesar de que quiero terminar cuanto antes para largarme, trato de aguantar. Estamos haciéndolo por fin. No quiero que vaya a pensar que soy un triste polvo. Eyaculador precoz, no.

Sorpresivamente, ella introduce uno de sus delgados y elegantes dedos de concertista muy adentro de mi culo y comienza a masajearme la próstata. Yo aprieto las nalgas para evitar correrme. Estoy *demasiado* excitado y lo estoy disfrutando mucho.

Mi corazón bombea en mi pecho. Pum. Pum. Pum. Como si fuese a estallar. Mi verga, gruesa, palpitante y erecta. Le doy la vuelta bruscamente para que quede en cuatro. Su trasero, abierto ante mí como el cofre de un tesoro rebosante de prohibidas delicias. Hundo mi lengua allí dentro, entre aterrado por lo que pueda encontrar, pero hambriento. Ella no se lo espera y comienza a gemir. Apoya su pecho en las almohadas y recuesta su cabeza para tensar aún más la espalda y que sus nalgas se abran a todo lo que dan. De los labios de su vagina cuelga una estalactita babosa y trémula que me apresuro a sorber goloso. Luego clavo mi lengua en su vagina y exploro entre sus lonjas de carne. Ella gime.

“¡Métemela otra vez! ¡Por lo que más quieras! ¡Penétrame!”

Volvemos a la posición del misionero. Ella enrosca sus piernas en mi espalda. Yo aumento el ritmo de mis embestidas. No me importa nada. Ni el inquilino del apartamento, ni su amante, ni su puta madre.

Nada. Soy una máquina de sexo. Le estoy dando con todo lo que tengo.

Pero, ¿qué pasa ahora?

No escucho sus gemidos. He dejado de sentir el movimiento de sus caderas. Sí, ¿qué pasa ahora? Si parece que se lo estuviera haciendo a una almohada o algo así. ¿Qué pasa ahora?

“No, no lo sé. Quítate, por favor. Salte”.

Retiro mi pene. Nos sentamos. Ella enciende un cigarrillo. Yo jadeo. Pum. Pum. Pum. Es mi corazón. Va a explotar.

“¿Qué te pasa ahora?”

“Nada”.

“¿Nada?”

“Nada, que no quiero seguir. Eso es todo...”

“Pero si todo iba muy bien...”

“No quiero seguir y punto”.

“¿Te ha pasado esto antes?”

“No”, responde.

“¿Sólo te ha pasado conmigo?”

“Sólo contigo...”

Ahí tienes, me digo. Te lo mereces. ¿Quién te manda a preguntar lo que no quieres saber?

“¡Vámonos! Te dejo en una parada de taxis...” Se está levantando. Maldición. ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? Siempre,

siempre hay una maldita complicación. Hay escasez de mujeres fáciles en esta ciudad.

Aquí estamos. Ambos desnudos. Después de que nos hemos besado, de que me ha orinado encima, de que hemos intentado hacerlo un par de veces a pesar de que el señor *gay* desconocido dueño del apartamento puede llegar en cualquier momento... Aquí estamos, pues, después de todo lo que ha pasado en las últimas dos horas, y ahora ella quiere irse.

Comienza a vestirse. Me pongo los pantalones, las medias, los zapatos. El tipo puede llegar en cualquier momento. Ahora, ella quiere irse. Maldición, siempre hay una maldita complicación. Detesto que una mujer me diga cobarde. No puedo parar esta cabeza. Estoy furioso.

Pero aliviado, al mismo tiempo. Tan buena que está, la muy desgraciada. Eso es lo peor de todo. O lo mejor. Venirme a hacer esto a mí. A mí. Nunca me había sentido tan humillado en mi vida.

Yo no me atrevo a decir esta boca es mía. Suena el teléfono. Debe ser...

“Soy yo, Javier, otra vez... Estoy aquí abajo, Enrique... Te estoy llamando desde mi teléfono celular. Sé que estás ahí porque las luces están encendidas... ¿Enrique?” Rompe a llorar el pobre.
“Déjame entrar, por favor...”

Un chillido horrible me pone los pelos de punta.

“¿Qué coño es eso?”

“El intercomunicador...” Ella descuelga la bocina del intercomunicador de la entrada. “Había olvidado lo horrible que suena...”

“¿Qué vas a hacer?”

“Abrirle”, pulsa un botón, la muy lunática.

Suena la campanilla del ascensor. Se oyen los pasos del tal Javier en el pasillo. Ahora, es el timbre lo que suena enloquecidamente. La muy hija de puta, entreabre la puerta y yo estoy temblando de pies a cabeza. Juega duro. Le gusta apostar fuerte, a esta mujer...

“¿Sí?”

“¿Quién eres tú?” Es la voz lloriqueante del tal Javier.

“¿Qué deseas?”

“¿Qué haces aquí? ¿Quién eres tú?”

“¿Quién eres *tú*, y por qué llamas a esta hora a mi novio?”

“No me jodas... ¿Enrique? ¿Con una mujer? Eso tengo que verlo. ¿Qué haces aquí?”

“Vivo aquí”.

“¿Con Enrique?”

“No, con el príncipe Carlos... ¿Con quién más, imbécil?”

“¡Desgraciado...! ¡Así que el muy marico me dejó por una maldita hembra! Ábreme, quiero hablar con él... ¡Enrique! ¡Enrique!” Se pone a gritar Javier hacia dentro, por encima de su hombro.

Ella le cierra la puerta en la cara, muerta de la risa y el tal Javier comienza a largarle patadas a la reja metálica. Maldición. Qué maldita complicación. ¡Mierda! ¡Tiene fuerza, el cabroncito! ¡Va a echar abajo la puerta! ¡Ella tiene un revólver!

“¡Putas, putas, putas, putas!” Grita Javier al otro lado de la puerta. “¡Te voy a matar, te voy a matar! ¡Maldita zorra”.

Ella ríe a carcajadas y se pone frenética. Empieza a ir de un lado a otro del apartamento, con el revólver en la mano. Tumba los floreros

y los adornos de porcelana. Descuelga los cuadros y los tira contra el piso. ¡Mierda! ¡Los vecinos deben estar llamando a la policía!

Las golpes en la puerta cesan. Suena el teléfono.

“¡Maldita, sucia, perra, puta!” La voz de Javier en la contestadora.
“¿Sabes una cosa? Me voy. Voy a buscar una pistola y regreso a caerte a tiros. ¡A los dos! ¡A ti y al maricón de Enri...!”

Ella arranca la contestadora y la lanza por el balcón. Abajo, se escucha el rugido del motor de una motocicleta, justo cuando el aparato se hace añicos contra el pavimento.

Un grito:

“¡Malditaaaaaaaa!”

La motocicleta parte y ahora ella desgarrar el cuero de los muebles con el cuchillo de cocina. No me he movido. Tranquilo, tranquilo. Tiene un revólver y un cuchillo. *Mantén la calma*, me digo, para tranquilizarme. El tipo puede llegar en cualquier momento. Javier ha ido a buscar una pistola.

Detesto que me digan cobarde, pero la verdad es que lo soy. ¿Por qué no me he puesto condón para acostarme con esta mujer? Maldita sea. Se está acercando a mí con el revólver en la mano. Me lo pone bajo el mentón. “Tranquila. Tranquila. Por favor, no me hagas nada”, suplico.

“Vamos a terminar esto, antes de que vuelvan”.

Con el revólver me señala el pasillo. Me doy media vuelta y me encamino a la habitación. Ella me sigue, sin dejar de apuntarme. Al llegar a la habitación, la enfrento. Posa el cañón del revólver en mi pecho y me obliga a tenderme de espaldas en la cama.

Ella se inclina sobre mí. Extrae mi pene, flácido y asustado el pobre, y se lo introduce en la boca. Comienza a jugar con su lengua para insuflarle vida. Pero es imposible.

“No creo poder hacerlo mientras me apuntas con eso”.

“Sube los brazos”, me ordena. Yo obedezco, dócil. Ella se monta a horcajadas encima de mí. Se inclina. Vuelve a posar el cañón del revólver en mi mentón. “Quieto”, susurra. Y comienza a lamirme la cara. “Abre la boca”, me dice.

Abro la boca. Entonces ella deja caer un grueso chorro de saliva dentro. A pesar de la amenaza, del peligro, del revólver que me apunta y de la posible, casi segura e inminente llegada del inquilino del apartamento, mi pene comienza a reanimarse. Ella me besa. Luego me lame la cara. De repente, escucho un chasquido metálico y un brazalete se cierra en mi muñeca. Asustado, trato de incorporarme.

“No, quieto”, me dice, presionándome el mentón con el cañón del revólver.

“Por favor, no”.

“ *Shissss* ”.

Me toma la mano libre y me la lleva hasta la esquina opuesta de la cama. Otro chasquido y mis dos brazos quedan esposados a las barras de la cabecera. Ella se levanta y repite la operación con mis piernas.

“Por favor, no lo hagas”.

Da vueltas por la habitación. Abre el closet y comienza a revolverlo todo. Hasta que abre una gaveta y se paraliza, fascinada por sus contenidos. Al ver todos esos juguetes a su disposición, se le escapa un gemido. Saca un fuste, correas de cuero y una bola de amordazar.

“Esto nunca lo he hecho... ¿Y tú?”

Yo niego con la cabeza. No me atrevo ni siquiera a pronunciar palabra. Ella se acerca y comienza a ponerme la mordaza.

“Abre la boca”.

“No... Por favor... Gérmenes”.

“¡Abre!” Grita y me apoya el cañón en la frente.

No me queda más remedio que obedecer. Ella introduce la bola en mi boca y ajusta las correas de la mordaza en mi nuca. Luego toma el fute y lanza unos cuantos golpes al vacío. El fute zumba al cortar el aire.

“Esto no lo había hecho”, repite para sí. “¿Y tú?”

Vuelvo a negar con la cabeza.

Se sube encima de mí y me rasga la camisa, baja mis pantalones y me arranca el boxer. Acto seguido comienza a darme fuetazos. En el pecho, en la cara. En la piernas. Gimo, grito, pero la bola en mi boca ahoga todas mis llamadas de auxilio, mis ruegos de piedad y misericordia.

Se detiene. Vuelve al clóset y regresa con una cadena terminada en pinzas. Nuevamente se pone a horcajadas encima de mí y pilla mis pezones con las pinzas. Gime de placer y sonrío. Un dolor agudo pero curiosamente placentero, me recorre el pecho. Extraña, absurda, sorpresivamente, ahora tengo una erección de proporciones equinas.

Ella se apresura a penetrarse con mi pene y comienza a cabalgarme. Usa la cadena asida a mis pezones como rienda.

“¿Te gusta?” Me pregunta, y cuando le digo que no, me arrea una bofetada y tira de la cadena. Siento el sabor de la sangre en mi boca. Tengo miedo de que arranque los pezones. Ella ahora gira, se pone de espaldas para dejarme ver su trasero descendiendo sobre mi pene. “Qué rico”.

La verdad es que sí. Está rico. No lo puedo negar. Y acabo de descubrir que no me disgusta del todo el asunto sadomaso.

Mientras me cabalga, introduce un par de dedos otra vez en mi trasero.

“Avísame cuando te vayas a venir”, dice y sigue cabalgándome. Incrementa el ritmo de sus sacudidas y se detiene de repente. Siento en mi pene las contracciones de las paredes de su vagina. Ella suelta un largo aullido de placer. Yo empiezo a sacudirme porque siento la proximidad de mi orgasmo.

Ella se levanta y se introduce mi pene en su boca. Con su habilidad, logra hacerme venir en un instante. Recibe mi copiosa eyaculación en su boca, en sus labios, toda su cara y hasta en su cabello. Lame todo con gula. Repta encima de mí y escupe todo mi sobre mi rostro. Esto tampoco lo había hecho nunca.

Permanece acostada encima de mí unos cuantos minutos. Siento cómo su respiración se va calmando paulatinamente. Entonces, se yergue. Apoya su vagina en mi pecho y se hace pipí. Se levanta de la cama y comienza a vestirse.

La veo salir del dormitorio, asustado. Va en dirección al baño. Oigo que abre el lavamanos y parece lavarse la cara. Después, escucho sus pasos en dirección a la sala. ¿No me irá a dejar aquí? ¿Verdad? Desde allá fuera me llega el tintineo de las llaves. Los chasquidos de la cerradura de la puerta de madera.

Me va a dejar aquí. Trato de hacer un repaso de la situación. Heme aquí. Desnudo y esposado a la cama de un desconocido. Qué complicación. Embadurnado con toda suerte de fluidos corporales. Qué maldita complicación. Allá fuera, ella abre la puerta y sale. Estoy desnudo en un apartamento revuelto, hecho pedazos.

Un apartamento que no es el mío .

Comienzo a sacudirme. A gritar. Pero es inútil. Ha salido y ha cerrado las puertas tras de sí. La de madera y la reja metálica. Con doble cerradura. Me doy cuenta de que ni siquiera sé su nombre.

Trato de tranquilizarme. El apartamento está en completo silencio. A lo lejos, el ambiente sonoro de la noche en la ciudad. Lloro. Desconsoladamente.

Las voces me despiertan. Voces masculinas. Hombres que discuten. En la entrada.

“¡Que no estoy acostándome con ninguna mujer! ¿Cómo puedes creer semejante disparate?”

“¡Había una mujer aquí, te lo juro!”

“¡Pero qué mierda pasó aquí!”

“¡Te lo dije!”

“¡Entraron a robar!”

Mientras espero que entren al dormitorio, recapitulo. Heme aquí, esposado a la cama de un desconocido. Desnudo, herido, amordazado. Embadurnado con toda clase de fluidos corporales. En la TV, un vídeo de sexo casero que no debería estar viendo. En la sala de estar, el inquilino del apartamento discute con su amante y está llamando a la policía para denunciar un robo. ¡Qué complicación! ¡Qué maldita complicación!



Acerca de Carla



Carla Marx vive en una isla del Caribe con su esposo Raúl y sus seis gatos. Sus subversivos relatos, casi autobiográficos, están cargados de humor, desparpajo y un erotismo liberador. Al respecto, en su perfil de Amazon, Carla escribe:

En mis historias no encontrarás heroínas sumisas ni virtuosas que esperan ser rescatadas por príncipe azul alguno. Me interesan las chicas malas, las que se meten en problemas, con pasados conflictivos y dolorosos, con contradicciones, luces y sombras. Las

que hacen todo lo que deben hacer para sobrevivir en este mundo de hombres. Esas son las mujeres que me gustan.

Para más información acerca de Carla Marx, promociones y novedades, suscribirse a [su perfil de Amazon](#) .

Otras obras de Carla

Cuentamelo todo, Vol. 1



CARLA MARX

CUÉNTAMELO TODO

*Relato de una
iniciación carnal, Vol. 1*

Carla, tiene 21 años, es inteligente, sexy, y acaba de contraer nupcias con el hombre de sus sueños. Sin embargo, una propuesta indecente de su nuevo marido, formulada aparentemente en broma, destruye por completo su ingenua idea de una idílica y romántica luna de miel en un crucero por las islas del Caribe. Con su inocencia e ilusión hechas pedazos, nuestra narradora se embarca en un viaje iniciático de descubrimiento de su propia sexualidad, a través del desafío de sus tabúes y las convenciones sociales y morales que imperan a su alrededor. Definitivamente, no es la luna de miel con la que ella había soñado.

¡[Léelo en Amazon Kindle](#) !

Peligrosa Adicción

La Virgen de los Taxistas, 1



Vol. 1

LA
VIRGEN
DE LOS
TAXISTAS

CARLA MARX

CUENTOSHUMEDOS.COM

Carla se ha pasado de tragos y como sus amigas no la dejan manejar en semejante estado, llaman a un taxi. Es así como conoce a Salvador, un guapo taxista, quien le cuenta la extraña historia de una mujer conocida como La Virgen de los Taxistas. Empeñada en descifrar el misterio de la enigmática mujer, es así como lo que comienza como la más cotidiana de las circunstancias, pronto se transforma en una odisea erótica que la llevará a extremos que nuestra autora y protagonista jamás imaginó.

[¡Léelo en Amazon Kindle!](#)

Mi nombre es Frank, Profesión: Corneador



**PROFESIÓN:
CORNEADOR
MI NOMBRE ES FRANK**

CARLA MARX

cuentoshumedos.com

Frank es atleta y estudia una carrera universitaria cuando estalla la crisis económica en su país y su vida da un vuelco. De la noche a la mañana puede quedar en la calle y terminar durmiendo bajo un puente. Cuando está a punto de acabar en la más absoluta indigencia, su amigo Eric le ofrece un trabajo como corneador profesional. Frank, conservador y tímido, moralista y de recatados gustos sexuales, en principio se niega. Pero su situación se hace cada vez más precaria y Frank se ve presa de la disyuntiva de iniciarse en el negocio o perderlo todo.

¡[Léelo en Amazon Kindle](#) !